

Para que nada falte á este estudio, en cuanto mis facultades alcanzan, no quiero elidir de él una semblanza física. Género es éste que me desagrade en extremo y que considero casi indigno del Arte. Me parece que la boca de un señor tiene escasa relación con sus rimas, ricas ó flojas; y la aventajada estatura ó el achatado semblante rara vez, pienso yo, dan indicios del genio. Apenas si el brillo de los ojos — ese inconfundible brillo que es común á los enamorados y á los poetas — revela una emanación de algo divino... Sin embargo, yo me escudo con la blasonada frase de Horacio, que no se desdénaba de decir, en elogio de su amigo Tibullo, que los dioses le habían dado la belleza corpórea, las riquezas y el arte de gozarlas :

*Non tu, corpus, eras sine pectore;
dū tibi divitias dederunt artemque fruendi.*

Ruben Darío es varón de aventajada estatura y recia complexión. Muy varonil, en fin, en esta época de afeminados, que se doblan al andar, ¡como si llevaran corsés Regúlez los grandes pazguatos!... Apostura y facha de indio bravo, de caudillo de las selvas, de conductor de hombres, tiene este gentil poeta. No obstante, conocemos sus *manos de marqués*. Nada en él de esa palidez lívida que la leyenda atribuye á los modernistas. San Gregorio Nacianceno llamó al color macilento flor de la hermosura de varones insignes... *Pulchrum sublimitium virorum florem...* (1). Si así fuese, muchos va-

(1) Pudiera explicarse esta palidez de todos los grandes pensadores con palabras de nuestro genial Juan Huarte, que con clarividentes atisbos en tantas materias se anticipó á nuestros modernos psicofisiólogos, siendo uno de los pocos sabios nacionales que hacen válida la creencia de nuestro gran Menéndez Pelayo en una ciencia peculiar, nuestra, ingénita, española. «Porque la tristeza y aflicción

rones insignes quedarían sin serlo por culpa de los pícaros colores que les salen al rostro con harta frecuencia... Rubén Darío no es de los lívidos. Los que han caricaturizado al modernismo (con el pincel ó con la pluma) siempre han pintado á sus poetas pálidos, escuálidos, famélicos — en fin, «esdrújulos»... Y no es así. Procuren documentarse mejor los Sres. Pérez Zúñiga y Melitón González, que viven con esta obsesión del modernismo y de los modernistas, los cuales, *sans le savoir*, les amargan la existencia y les traen á mal traer, ¡cuitados!... Porque resulta que el Padre y Pontífice de la escuela, á quien todos reconocen por tal, y que, por tanto, debiera de dar la pauta para todo lo atinente al modernismo (hasta para el aspecto físico), es un hombre bien fuerte y sólido, con una complexión envidiable. ¡Y hay

gasta y consume, no solamente la humedad del cerebro, pero los huesos deseca, con la cual calidad se hace el entendimiento más agudo y perspicaz. De lo cual se puede hacer evidente demostración, considerando muchos hombres que puestos en pobreza y aflicción vinieron á decir y escribir sentencias dignas de admiración, y venidos después á próspera fortuna, á buen comer y beber, no acertaron á hablar, porque la vida regalada, el contento y el buen suceso, y hacerse todas las cosas á su voluntad, relaja y humedece el cerebro, que es lo que dijo Hipócrates (*Epidem.*, 5 com. 9): *Gaudium relaxat cor*. Como si dijera: el contento y alegría ensancha el corazón y le da calor y gordura. Y es cosa fácil de probar otra vez: porque si la tristeza y aflicción deseca y consume las carnes, y por esta razón adquiere el hombre mayor entendimiento, cierto es que su contrario, que es la alegría, ha de humedecer el cerebro y bajar el entendimiento. Los que van alcanzando esta manera de ingenio, luego se inclinan á pasatiempos, á convites y á músicas, á conversaciones jocosas, y huyen de lo contrario que en otro tiempo les solía dar gusto y contento.» (*Examen de ingenios para las ciencias*, cap. VIII: *donde se prueba que de solas tres calidades, calor, humedad y sequedad, salen todas las diferencias de ingenios que hay en el hombre*, pág. 122.)

por esas calles de Dios una de mozos modernistas, que gozan de perfecta salud (los muertos que vos matáis, oh González, oh Zúñiga) y que ostentan un semblante coloradote y lozano como una manzana!...

Ni siquiera usa Rubén Darío aquesta merovingia melena que todos atribuyen á los modernistas. ¡Hay por ahí también una legión de nenes afeitados y pulidos, rapados y escamondados á maravilla, con correctos trajes de corte inglés, serios y empaquetados, sin énfasis en las corbatas, sin colores llamativos, sin sombreros descomunales, sin nada de particular, en fin, y que luego, al retirarse á sus gabinetes, hacen unos versos modernistas que tiemblan las esferas!... ¡Si usted viese, Sr. Pérez Zúñiga; si usted viese, D. Melitón González!... Hay más antinomias de las que vuestas mercedes sospechan en esto del modernismo. ¡Se llevan ustedes cada chasco! Tal rapaz que ustedes ven por la calle acaso y no reparan en él porque les parece un apreciable y vulgar estudiante de Derecho ó de Medicina, que va muy serio por la Puerta del Sol, sin nada alarmante que llame la atención de las gentes, acaso cogido del brazo de una novia modista, morena y alegre como él, va luego á casa, se encierra en su cuarto y comienza unos versos tremebundos, que pueden empezar así, por ejemplo :

Yo viviría en una calle de un barrio bajo;
y tendría una novia sentimental;
y una vecinita que tocaría el piano abajo
en el principal,
y que tendría un novio muy majo
que sería practicante del hospital...
Y cuando yo la saludase por la escalera,
ella me sonreiría con su sonrisa hechicera;
y yo sabría dirigirle una galantería española...
(La muchacha sería morena y se llamaría Lolal...)

Ya ven vuestas mercedes : ¡el colmo del modernismo realizado por este atroz modernista que les oprime la mano!...

Por lo demás, esto de las melenas y de las excedencias capilares, si acaso fuese cierto, no sería una innovación, y estaría refrendado por tradiciones multiseculares. Los que cultivamos los clásicos latinos sabemos que en la buena época de Horacio había ya una turba de poetas famélicos y vagabundos que merodeaban por los suburbios de Roma, y que cifraban todo su arte en dejarse crecer el pelo y en no poner su cabeza *incurable*, como dice el poeta, en manos del barbero Licino; en no cortarse las uñas, en rondar por los lugares secretos y en *evitar los baños*, como con su gráfica y concisa frase escribe el poeta venusino. Todo porque Demócrito había excluido del Helicón á los poetas sanos...

*Ingenium miserà quia fortunatius arte
credit, et excludit sanos Helicone poetas
Democritus, bona pars non unguis ponere curat,
non barbam, secreta petit loca, balnea vitat.
Nanciscetur enim pretium nomenque poeta,
si tribus Anticyris caput insanabili nunquam
tonsori Licino commiserit. O ego laevus,
qui purgor bilem sub verni temporis horam!
Non alius faceret meliora poemata! verum
nil tanti est.*

¿Fueron estas anomalías fisiológicas, estos desaliños somáticos los que dieron fama y gloria á Rubén Darío en España? No, ciertamente; no creó una escuela poética dejando sin raer sus excesos capilares; no dió una nueva modalidad á la lírica española atusándose merovingicas melenas; no formó una corte de poetas, nuevos por el ritmo, nuevos por las ideas, consintiendo un desarrollo desmesurado á sus uñas... La labor de Rubén Darío se impuso porque traía alientos nuevos, porque vino á orear la lírica española.

Por eso me preocupa menos el hombre que la obra. Me interesan más las almas transparentadas en los libros que las vicisitudes de una vida. Mi intento ha sido siempre llegar á convertirme en un buen biógrafo de espíritus. La crítica no está, á mi juicio, en la curiosidad, y los hechos menudos de una existencia no podrían explicar una obra. Eso puede, á lo sumo, llamar la atención del lector aburrido sobre los detalles picantes de las costumbres y suplir al análisis, al sentimiento de la vida «con pequeños escándalos», como dice un joven crítico francés (1). No es que yo desdeñe esos hechos menudos y aun esos detalles picantes; por temperamento me siento inclinado á esa especie de crítica, puesto que soy excesivamente curioso y creo que la curiosidad es la fuente originaria del Arte. Por la curiosidad se va á la inquietud, que no es sino un cosquilleo espiritual. De la curiosidad que siente cada hombre por los demás hombres, para tener el gusto de contrastarse y *pesarse* idealmente con ellos, dimana el encanto de la novela realista (2).

(1) Alberto Keim: *Helvetius; Sa vie et son œuvre*, cap. II, pág. 19.

(2) La curiosidad es también la fuente de cultura. El mismo impulso que mueve al jornalero inculto á saciar su curiosidad leyendo la sección de sucesos de los periódicos, es el que impulsa al fisiólogo á estudiar los orígenes de la vida y al químico á conocer las propiedades de los cuerpos.—Un contemporáneo, un genial y desconocido pensador español, ha escrito: «El salvaje que no sabrá contar hasta cinco produce una ley de coexistencia en el simple hecho de la percepción del espacio. El desacuerdo entre las manifestaciones intelectuales de una tendencia y su poder práctico explica todo el mecanismo de la ciencia. Desde el niño á Steiner ó á Gauss, una misma intuición pugna por relevarse. El niño y el salvaje tienen ambos la energía latente para concebir y escribir las difíciles *Disquisitiones arithmeticae*.» (Diego Ruiz: *Genealogía de los símbolos*, vol. I; In-

Es que yo no me detengo en esos detalles; es que esos detalles sólo han de servir al crítico para ascender á la comprensión total de la personalidad; es que esos datos menudos son como los datos empíricos, que ayudan á la Metafísica, pero no la hacen, no la crean, no la plasman de un golpe. Yo me digo en esto lo que los escolásticos se decían en la Filosofía: *e fluxis non fit scientia*. Los particulares no componen ciencia... Los datos de una vida pueden ayudarnos á *deducir* una personalidad, pero con ellos no podemos *reconstruir* un temperamento. El temperamento palpita todo en la obra de arte creada con sinceridad y con calor vital..

¿Cómo he de negar valor á los detalles biográficos, á los *petits faits* de una existencia? Yo he sido de los primeros que se han permitido aquí hablar de publicación de correspondencias íntimas; y al estudiar las relaciones amistosas de Navarro Ledesma y Ganivet, he llegado á censurar, quizás con demasiada acritud, al hijo del gran *Clarín*, del genial Leopoldo Alas, porque protestó contra *Azorín*, á consecuencia de haber publicado éste unos apuntes de su padre que entraban en el orden privado, cuando en realidad acaso el amor filial disculpaba ese exceso de reserva con las intimidades de un grande hombre (1). ¿Cómo he de desautorizar todo lo que sea bucear en los escondrijos de una existencia? Exulté de júbilo cuando el genial Jacinto Benavente (2), habiendo de *Pégaro*, hizo delicadas observaciones sobre nues-

troducción, parte 1.^a, § 16, pág. 20: *Biblioteca Sociológica Internacional*.)

(1) Véase mi libro *Los contemporáneos*, primera serie, IV.—Garnier Hermanos; París, 1907.

(2) En la velada celebrada por la Sociedad de Hijos de Madrid en honor del ilustre satírico y costumbrista, con motivo del centenario de su muerte. (Teatro Español; noche del 30 de marzo de 1909.)

tro espíritu colectivo; espíritu reservado y hermético de inquisidores, hostil á todo lo que sea expansión del ánimo y enemigo de revelar intimidades de los hombres ilustres. Mucho antes diserté yo sobre nuestro espíritu *cerrado*; y grande es mi orgullo al coincidir con el humorista que es gloria de España. Todo lo que tienda á descubrir aspectos inéditos de una personalidad — anécdotas, correspondencias, diarios íntimos—debe ser dado á la luz pública; y toda labor en este sentido es digna de encomio. Aun á riesgo de perjudicar personalmente al interesado, se debe dar á la publicidad cuanto pueda esclarecer un punto oscuro de su vida ó revelar un matiz de su temperamento.

Mas esta labor no es legítima, sino punible, cuando el poeta ó el novelista estudiado vive. Entonces hay que respetar forzosamente el secreto de su existencia. Hay el sagrado del hogar, como hay el sagrado del templo. No se pueden profanar impunemente los Dioses Lares; porque el castigo descarga tarde ó temprano sobre el prevaricador... Por otra parte, como dice el Salmo, el justo no se inmuta por las murmuraciones del malvado: *In memoria aeterna erit justus; ab auditione mala non timebit.*

Una vez fenecido un autor, el crítico tiene amplia libertad para escudriñar hasta en los últimos recovecos de su vida y milagros. Puede revolver todos sus armarios y aun aprovecharse de las notas marginales de sus libros, como hacen esos franceses tan curiosos y sagaces para tal clase de crítica (1), si todo ello le sirve para dar una impresión acabada y perfecta de su personalidad. Yo bien sé que los críticos del antiguo régimen, los obstinados en ranciedades ya en desuso, me gruñirán la fabulilla de D. Tomás de Iriarte:

(1) De Nietzsche se han llegado á publicar hasta las acotaciones puestas al margen de sus libros predilectos.

Cobardes son y traidores
ciertos críticos que esperan,
para impugnar, á que mueran
los infelices autores,
porque vivos respondieran.

Mas yo sigo en mis trece, suponiendo que la crítica de los muertos es la crítica más serena y más justa, y que la crítica de los vivos casi debiera estar prohibida por decreto gubernativo—como la vivisección lo está en todos los países civilizados.

Por lo mismo no intentaré hacer una biografía de Rubén Darío, ya que hago su crítica. Malo es ensañarse con los puntos flacos de la obra de un escritor, pero peor es cebarse en los aspectos turbios de su vida. Quédese esa tarea para los críticos póstumos; que al crítico coetáneo del autor siéntale bien esa grave reserva y ese parsimonioso sigilo que distingue en sociedad á las gentes reflexivas de las gentes alocadas é insubstanciales, todas cháchara y exhibición... Por ahora, mientras Rubén Darío quede en pie — y Dios nos lo conserve muchos años para bien de nuestra lírica —, diré de las revelaciones sobre su vida privada lo que San Pablo decía de ciertos pecados de naturaleza: *nec nominentur in vobis...*

Bastará recordar que Rubén Darío es americano, de Nicaragua, y que, como todos los americanos — según nos dice Justo Sierra en las palabras antes citadas del prólogo de *Peregrinaciones* —, ha hecho vida muy cosmopolita, visitando poco su tierra natal. Recientemente ha vuelto á ella, y no tardará en publicarse un bello libro, de esos libros mixtos de verso y prosa que á Rubén Darío tanto le gustan, titulado *El viaje de Nicaragua*, y donde nos relatará sus impresiones lírico-elegíacas al ver de nuevo la tierra que le meció de niño... ¡Su hermosa tierra tropical, que ya evocó

en un pasaje de *Peregrinaciones*, mostrando en esta evocación el catolicismo sentimental de que está impregnado su espíritu!... Es en el Vaticano, al cantar la magnificencia de la Basílica de San Pedro. Oíde: «¡Nuestro silencio estaba lleno de tantas cosas en aquel instante! De mí diré que viví por un momento en un mundo de recuerdos. Era la infancia de músicas y rosas, la lejana infancia, en que el alma nueva y libre parecía volar ágil como un pájaro de encanto entre los árboles del Paraíso. Eran las viejas campanas de la iglesia llamando á misa; la ropa dominical sacada de los muebles de alcanfor, la ida á la catedral, el claror del alba, la salida en plena luz matutina, la dulzura de la casa pacífica, la buena abuela y sus responsorios, la imagen de la Virgen venida de Roma, el cura que iba á jugar tresillo y el granado en flor bajo el cual los labios adolescentes supieron qué era el primer beso de los labios de la prima rubia; porque el primer tiempo de la fe era también el primer tiempo del amor. Y era la Semana Santa, con sus ceremonias simbólicas, con sus procesiones alegres como fiestas nupciales, con el entierro del Viernes Santo, á que las mujeres asistían vestidas de luto y en que los canónigos me atraían con sus largas caudas violeta; el *lignum crucis* llevado en la noche al son de tristes trompetas que rompían la sombra en el silencio del negro firmamento. Y eran aquellos mis años primeros en la amistad de los jesuitas, en el convento silencioso ó en la capilla florida de cirios en que mi mente juzgaba posibles las palmas de los Gonzagas, los nimbos de los Estanislao. Entonces se abrieron á la aurora los primeros sueños; entonces se rimaron las primeras estrofas. Y la memoria de los sentidos me despertaba ahora la sensación de las cosas pasadas ya perdidas en lo largo del tiempo. Visión de lámparas rituales, de velas profusas, de altares decorados, en que estaban en su inmovilidad de ídolos los simulacros de las

virgenes y de los santos; colores y pedrerías y oros de casullas; negras siluetas de sacerdotes que se perdían en lo obscuro de las naves ó á lo largo de los complicados corredores del convento; olor de la cera, del incienso, de las flores naturales que se colocaban delante de las imágenes; olor de los hábitos del padre confesor, olor de la cajita de rapé de aquel anciano encorvado, de aquel anciano santo que me colmaba de consejos y de medallas y cuyo nombre de ave inocente le venía tan bien... ¡Pobre padre Tortolini!» (1).

¡Cómo se adivina aquí el excelso linaje de poeta que decora á Rubén Darío!... Los hombres de nuestros días andan bien preocupados del porvenir: miramos más adelante que hacia atrás, porque se nos dice que el mirar hacia atrás es indicio de espíritu reaccionario y atraso mental. Con amargura lo anotaba ya el pietista filósofo Joubert á mediados del siglo XIX: «Los antiguos decían: nuestros antepasados; nosotros decimos: la posteridad. No amamos como ellos la patria, es decir, el país y las leyes de nuestros padres; amamos más bien las leyes y el país de nuestros hijos. Es la magia del porvenir y no la del pasado la que nos seduce.» El mundo camina precipitadamente hacia adelante. Mas, ¿qué queréis? Al poeta hay que reservar siempre este placer de poder mirar hacia atrás, y él sólo encuentra hoy encanto en lo retrospectivo. «No hay poesía — ha escrito Anatolio France — sino en el encanto de lo irreparable...» Por eso los legítimos poetas, como Rubén Darío, hacen con mucha frecuencia el papel de la mujer de Lot: miran hacia atrás, hacia la perdida Pentápolis, que acaso fué para ellos el paraíso de sus ensueños...

(1) *Peregrinaciones*, págs. 233 y 234.

Rubén Darío ha nacido en Nicaragua, como hemos dicho. Esto le ha restado popularidad mundial, y acaso simpatía española. Duele decirlo, pero vale más la sinceridad altiva y amarga que la falsedad hipócrita. Los habitantes del Continente Antiguo, especialmente los que poblamos la cálida Iberia, conservamos cierta recelosa antipatía hacia nuestros hermanos de Ultramar. Ahora es cuando nos vamos aproximando, merced á los esfuerzos culturales, á los nuevos *conquistadores intelectuales* que queremos llevar allá, y á los mensajeros de poesía que de allá nos vienen. Con que hayan venido á España Rubén Darío y Santos Chocano; con que vayan á América Blasco Ibáñez, Unamuno y Salvador Rueda, queda definitivamente consolidada la reconquista espiritual de América, y Cervantes nos habrá devuelto el mundo que nos dió Colón y que las vicisitudes históricas nos arrebataron.

Hasta ahora, confesemos que todo lo de América nos sonaba á cosa extraña y mal conocida. Nuestra idiosincrasia repugnaba un poco la idiosincrasia americana. No podríamos decir, como el sesudo autor de *Religio Medici*: «Yo soy de una constitución tan general, que convive y simpatiza con todas las cosas; yo no tengo antipatía hacia nada. Esas naturales repugnancias no me afectan, y no miro con prejuicio al francés, al italiano, al español ó al alemán.» (*I am of a constitution so general, that it consorts and sympathiseth with all things; I have no antipathy, or rather idiosyncrasy in anything; those natural repugnancies do not touch me, nor I behold with prejudice the French, Italian, Spaniard or Dutch.*) Nosotros diríamos más bien con verdad, como Carlos Lamb: «Confieso que siento las diferencias del género humano, nacionales ó individuales, con un exceso insano. No puedo mirar con ojos indiferentes las cosas ó las personas.» (*I confess that I do feel the differences of mankind, national or indi-*

vidual, to an unhealthy excess. I can look with no indifferent eye upon things or persons) (1).

La patria de Rubén Darío, chiquita y escondida, es para nosotros uno de los países más incógnitos de la América del Sur. No la han enaltecido grandes hombres ni la han cantado grandes épicos. Podemos decir de ella lo que acostumbraban á decir los griegos: «Poco, y esto poco nacido en vano.» Ὀλίγη, καὶ ἄλλως γηγονμένης. Mas si alguien le reprochase esta insignificancia ó pequeñez — puramente geométrica, que no ideal — de su patria, él puede contestar lo que aquel Anacarsis de Escitia, del cual cuenta Galeno que fué de admirable ingenio entre los griegos, y, riñendo un día con un filósofo natural de Atenas, éste le dijo: «Anda, calla, bárbaro.» Anacarsis replicó: *Patria mihi est, tu vero patria.* Como si le dijera: «Mi patria es afrenta para mí, mas tú eres afrenta para tu patria. Porque siendo Escitia una región tan destemplada y donde tantos necios se crían, salí yo sabio; y naciendo tú en Atenas, que es la residencia del ingenio y de la sabiduría, eres un asno.» — No puede ser dedécoro para Rubén Darío la humilde y obscura patria en que ha nacido, sino muy alto honor y gloria. Él la honrará, y eso basta.

Mas la hostilidad y la animadversión hacia todo lo americano (porque siempre en la literatura vemos implicado cierto «criollismo», en el sentido de dejadez y de desaliño, y cierto «rastacuerismo», en el sentido de afán exhibicionista) son indudables. Recientemente ha tenido ocasión de expresar esta idea un culto y bravo crítico joven, que se presenta á la lid con impetuosidad adolescente y con cierta dureza y energía en el estilo, rayana á veces en brusquedad y rudeza; cualidades que delatan un temperamento másculo é independiente, al cual se añade como complemento un

(1) *The Essays of Elia*, págs. 74 y 75.

estilo macizo y jugoso, con evidentes reminiscencias *barojanas*: «La mentalidad americana es de una tremenda inferioridad. No me refiero solamente á esos americanos deportistas, brutos y vigorosos como caballos; hablo de los americanos distinguidos, de esos que en la alta sociedad europea llevan tras sí las miradas de las más envidiables mujeres, de esos poetas, de esos médicos, abogados y oradores que pasean su dejadez tropical por los grandes centros literarios extranjeros. Los poetas, los escritores americanos parece como si sufriesen una gran debilidad cerebral. Hablan y escriben como los amnésicos. Hacen creer en su incapacidad de pensar. Y esta inferioridad mental de América se demuestra en todos los órdenes. La inteligencia de los americanos está todavía en formación, se presenta en una cómica fase primitiva. Por esto, quizás, esos europeos avisados y poco escrupulosos que pasan los mares y caen con instintos de presa sobre América, se alzan siempre con carne entre las garras. Ya sé yo que en América no hacen fortuna solamente los extranjeros que allí llegan con alma de jugador de ventaja, no; yo sé que los americanos entregan también con gusto su dinero á esos rudos astures, trabajadores y pacientes como bueyes, los cuales, á través de su cerrazón mental, distinguen, eterna y testarudamente, el vago resplandor del oro. Esto demuestra que América es un país inferior. Se entrega sólo, como las mujeres, á los mozos muy despiertos y libres de aprensión, ó á los muy trabajadores y muy honrados; porque sabe, también como las mujeres, que al lado de los primeros la vida es fácil y agradable, y al lado de los segundos... también; los hombres extremadamente honrados no suponen falta de honradez en nadie» (1).

(1) Prudencio Iglesias: *De mi museo*, págs. 105, 106 y 107.— Madrid, 1909.

Cuando este recelo se disipe y esta leyenda se borre, aparecerá en su nítida desnudez la personalidad de Rubén Darío. Se le considerará entonces como lo que es: como un gran poeta, no sólo de lengua española, sino un poeta europeo, de significación mundial; un poeta que puede rivalizar con los poetas más grandes de cada nación. Un poeta que se mide á ratos con Ruyard Kipling, por la energía de la expresión; con Gabriel D'Annunzio, por la elegancia del perfume y de la línea; con Carlos Algernon Swinburne, por la profundidad del pensamiento; con Francis Jammes, por la intensidad de la visión realista; con Jean Moreas, por el decoro clásico de su frase; con Henri de Regnier, por la cincelada y helénica actitud de algunos versos; con Giovanni Pascoli, por la temblorosa emoción que en ellos palpita; con Salvador Rueda, por el vibrante retíñir de los crócalos métricos; con Antonio Machado, por el refinamiento emotivo; con Leopoldo Lugones, por el temblor singular de expresión nueva...

Bien sé que han pasado los tiempos de los nobles poetas. Mas el reinado de la poesía no se extinguirá jamás. Ya estamos, desgraciadamente, en la época de los industriales que el sesudo Spencer ha caracterizado tan admirablemente; ya el tanto por ciento es una fuerza más positiva que el arrullo de las estrofas. Romeo — si Romeos hay todavía — habla á Julieta, cuando ésta se digna escucharle (pues pocas veces le oye, preocupada como está de las fluctuaciones de la *fashion* parisina y de los últimos modelos de traje Directorio); le habla, digo, no á la luz clásica de la luna, sino en un salón suntuosamente alhajado — donde son novios *con permiso de los papás* —; y le habla, ¡oh, dolor!, de las cotizaciones de la Bolsa...

Jamás retornarán los tiempos en que los magnates protegían á los poetas y en que la poesía era un alimento de todas

las clases sociales. Jamás la poesía volverá á ser eco de todas las luchas y de todas las agitaciones que pueblan el mundo. Los verdaderos *vornehm*, los directores de pueblos, los conductores de masas, no son ahora vates inspirados, sino presidentes de sindicatos agrícolas ó jefes de agrupaciones obreras, por otra parte muy apreciables. Los que Platón llamó con excesivo desdén, hace veintitantos siglos, *hombrecillos*, *ἀνθρωπίστοι*, los obreros mecánicos y manuales, los menestrales, están hoy en camino de ser los verdaderos señores del mundo, los *uebermenschen* cantados por Nietzsche...

No se repetirán aquellos días albos y áureos de troveros y trovadores en que un Thibault, dueño de un vasto territorio francés, hacía grabar en su palacio de Provins los versos que compuso en loor de la reina Blanca, en medio de rosas trasplantadas de Jericó... No importa que no haya rosas de Jericó sembradas en nuestros grandes centros fabriles ni estancias de poetas que canten nuestras riquezas metalúrgicas... No importa, no. La poesía perdurará siempre; porque la poesía es como la rosa legendaria de Lahor: aroma perennemente el vaso que la guarda...

II

LA OBRA DE RUBÉN DARÍO

I.—*Primeras poetas.*

La evolución reciente de la lírica española ha sido tan diversamente juzgada por amigos y adversarios, que cuesta trabajo apreciar hacia dónde se inclina la balanza de la fosca Temis. Mientras unos juzgaban desvaríos de dementes estas

transformaciones métricas y rítmicas, estas innovaciones prosódicas, estas modalidades estéticas, otros las reputaban por la cifra y *summum* de la sabiduría poética. Sin comprender que, como ha dicho el sabio Baltasar Gracián, «es Caribdis de la excelencia la exorbitancia irascible y Scila de la reputación la demasía concupiscible», unos y otros se lanzaron á desmedidos elogios ó á diatribas violentas. Unos y otros se desviaron de ese prudente término medio *in quo consistit virtus*, según enseñan los teólogos.

Á tal punto llegaron los clamores de los rábidos antimodernistas, que muchos de los tenidos por decadentes fueron alzando el vuelo poco á poco, temerosos de que sobre ellos cayese algún estigmático sambenito. Ocurrió en el orden espiritual lo que se dice en los versos de Ovidio:

*Terretur minimo penna stridore columba,
unguibus, accipiter, saucia facta tuis;
nec procul a stabulis audet secedere, si qua
excussa est avidi dentibus agna lupi.
Vilaret caelum Phaëton, si viveret, et quos
optarat stultè, tangere nolet equos.*

Se le vieron las orejas al lobo; ... y nadie se atrevió á robar el fuego sagrado.

Pocos fueron los que se colocaron en ese justo medio de la imparcialidad. Un poeta, que por una sola vez ha actuado de crítico (1), y que ha estado casi siempre muy apartado de las corrientes modernistas — porque él es ante todo un poeta correcto y clásico, amante de la línea y del color, reve-

(1) Esperamos que reincida, porque es muy grata esa crítica suya, seria y á la vez algo zumbona y muy castiza, como la de D. Juan Valera.